

En el epígrafe que inicia la presentación del *Dossier* de este número 5 de *Zama*, dedicado a las nuevas perspectivas de los estudios coloniales y a cargo de Beatriz Colombi y Valeria Añón, se leen estos versos de José Emilio Pacheco: “Golpeamos los muros de adobe. / Es toda nuestra herencia una red de agujeros”. Pertenecen al poema “Manuscrito de Tlatelolco: Lectura de ‘Cantares Mexicanos’”, incluido en *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, publicado en 1969. Pacheco escribe el poema para hablar de la represión y matanza en la Plaza de las Tres Culturas, Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968, y vincula ese hecho con lamentos náhuatl traducidos por el padre Ángel María Garibay. Pacheco toma las palabras y les da otro ritmo, el ritmo del nuevo siglo, para nombrar, en el mismo lugar donde se había elevado un templo, el sitio de la matanza. Asimila así la masacre a la Matanza del Templo Mayor y al sitio de Tenochtitlan. A partir de la primera edición de la poesía reunida en *Tarde o temprano* (México, FCE, 1980) y hasta la última, Pacheco reescribió el poema varias veces. No parece excesivo transcribir completo, en la versión de 1980, ese extraordinario poema doliente de voces y de sangres superpuestas:

Cuando todos se hallaban reunidos,  
los hombres en armas de guerra  
cerraron salidas, entradas y pasos.  
Entonces se oyó el estruendo,  
se alzaron los gritos.

Los maridos buscaban a sus mujeres.  
Unos llevaban en brazos a sus hijos pequeños.  
Con perfidia fueron muertos.  
Sin saberlo murieron.

Y el olor de la sangre manchaba el aire.

Y los padres y madres alzaban el llanto.  
Fueron llorados.  
Se lloró por los muertos.  
Los mexicanos estaban muy temerosos.  
Miedo y vergüenza los dominaban.

Y todo esto pasó con nosotros.  
Y con esta lamentable y triste suerte  
nos vimos angustiados.

En los caminos yacen dardos rotos.  
Las casas están destechadas.  
Enrojecidos tienen sus muros.  
Gusanos pululan por calles y plazas.

Golpeamos los muros de adobe  
y es nuestra herencia una red de agujeros.

Hay otro poema de Pacheco, llamado “Crónica de Indias”, con un epígrafe de Bernal Díaz del Castillo (“... porque como los hombres no somos todos muy buenos...”), en el que habla un conquistador español que dice: “Con objeto de propagar la fe / y quitarlos de su inhumana vida salvaje, / arrasamos los templos, dimos muerte / a cuanto natural se nos opuso”. El austero epígrafe de la presentación del *Dossier* sobre los estudios literarios coloniales viene a recordarnos, para que lo evidente no se vuelva silencio, que “el quiebre epistemológico producido en el siglo XVI, coincidente con la conquista y colonización del Nuevo Mundo”, como se señala, fue llevado a cabo sobre este fondo de muerte. Así se alza nuestra lengua en la ajenidad, la lengua como una casa hecha de barro y llena de agujeros, la lengua como el órgano cortado de la dicción. Una lengua de otros constituida en la extranjería de lo propio, una lengua soterrada en el aire, el aliento manchado de todas las sangres. Allí se leen el reverso de su imaginario, allí las polémicas y las lecturas, allí el saber para poner en perspectiva aquel “lado oscuro del Renacimiento”. Pero Pacheco inscribe en la matanza de los sesenta un eco repetido, ominoso. Y cuya irracionalidad de superficie no puede ocultar su *ratio* de dominio.

En la sección “Poéticas” de este número, hay un texto de Horacio Castellanos Moya que asegura que la principal razón por la que se dedicó a escribir literatura es la de vivir, desde que tiene memoria, “en un estado permanente de conflicto”. El escritor salvadoreño concede que durante muchos años creyó que su fractura interior se debía a haber nacido y crecido en las sociedades centroamericanas “tan injustas, desequilibradas y violentas” y que hallarse próximo a una guerra civil marcó su vida entera. “La proximidad de la muerte –escribió– trastoca la conciencia, la forma de percibir”, aunque luego concede que esa conflictividad no siempre proviene de la inadecuación con la realidad.

Pero acaso aquel poema del epígrafe que inaugura los estudios sobre literatura colonial y esta declaración de Castellanos Moya coincidan en ese estado que parece sostener esta lengua que forma nuestra literatura: es el conflicto su humus, su condición, su historia, su dinámica. Conflictividad de discursos, lucha de sentidos, diferencia, mezcla y antagonismo, violencia y duelo y exceso, carnavales que se burlan de la muerte y calaveras de azúcar regaladas a los niños. No hay armonía en nuestra lengua ni en nuestras tierras, sino diferencia y conflicto y mutación. Y de ese conflicto surge aquello que define nuestra herencia hecha de una red de agujeros, como bocas que hablan. Y escribimos en los precarios muros de adobe palabras como golpes.

El lector hallará, además de ese rico *dossier* con nuevos aportes de especialistas en el campo de estudios de la literatura colonial y los textos sobre poéticas de escritura de Edgardo Rodríguez Juliá, Óscar Collazos y Horacio Castellanos Moya, las habituales secciones de artículos, notas y reseñas de nuestros colaboradores. Y el recuerdo de Susana Zanetti, que amaba la poesía y sabía tanto acerca de las guerras del tiempo, “pautado por la repetición de destrucciones y ruina tanto en el movimiento de la materia como en la historia humana”.

*Jorge Monteleone*

